

□ Tiempo de lectura: 18 min.

san Luis VERSIGLIA, sdb (1873-1930)

El carisma de Don Bosco, centrado en una paternidad educativa impregnada de pasión apostólica, no solo ha generado sacerdotes y misioneros, sino también pastores de la Iglesia que han vivido el episcopado como una prolongación del «Da mihi animas» salesiano. Esta síntesis recorre el luminoso testimonio de nueve obispos —desde el protomártir san Luis Versiglia hasta el cardenal Augusto Hlond— cuyas causas de canonización atestiguan su fama de santidad. En su ministerio, a menudo ejercido en fronteras misioneras o en tiempos de persecución, resplandecen la confianza filial en María Auxiliadora, el cuidado de los pobres, el celo catequístico y la disponibilidad al sacrificio hasta la sangre. Sus historias muestran cómo la espiritualidad salesiana puede florecer en una plenitud episcopal profundamente audaz, gozosa y universal.

1. Luis Versiglia (1873-1930), obispo, mártir, santo

En 1885, san Juan Bosco reveló a los salesianos reunidos en San Benigno Canavese, en Piamonte, que había soñado con una multitud de niños que se le acercaban diciéndole: «¡Te hemos esperado mucho!». En otro sueño vio dos grandes cálices elevarse hacia el cielo, uno lleno de sudor y otro de sangre. Cuando en 1918 un grupo de misioneros salesianos partió de Valdocco, en Turín, hacia Shiu-Chow, en Kwang-tung, China, el Rector Mayor, don Paolo Albera, les regaló el cáliz con el que había celebrado sus bodas de oro de consagración y los 50 años del santuario de María Auxiliadora. El precioso y simbólico regalo fue entregado por don Sante Garelli a monseñor Versiglia, quien declaró: «Don Bosco vio que cuando en China se llenara de sangre un cáliz, la Obra salesiana se difundiría maravillosamente entre este inmenso pueblo. Tú me traes el cáliz que vio el Padre: a mí me corresponde llenarlo de sangre para que se cumpla la visión».

En 1920, la misión de Shiu-Chow, en el norte de Kwang-tung, fue erigida vicariato apostólico y enseguida corrió la voz de que don Versiglia sería elegido vicario y

consagrado obispo. Escribió cartas desgarradoras a sus superiores en Turín, declarando su absoluta incapacidad y suplicándoles que le eximieran de ese cargo. Monseñor De Guébriant, por el contrario, declaró públicamente que, si la elección se hubiera hecho por votación popular, incluso los niños pequeños habrían aclamado a Don Versiglia como padre y pastor.

En doce años de misión, de 1918 a 1930, el obispo Versiglia logró hacer prodigios en una tierra no siempre favorable a los católicos. El obispo no se detuvo ante nada, ni siquiera ante las hambrunas, las epidemias, las derrotas que se le presentaban a él y a sus colaboradores, no siempre recompensados humanamente: apostasías, calumnias, abandonos, incomprensiones, cobardías... Pero todo se superó gracias a la oración, intensa y constante.

En la primavera de 1923 se puso en contacto con el Carmelo de Florencia para conseguir hermanas que rezaran, sufrieran y se ofrecieran víctimas a Dios por su misión. Por su parte, multiplicó no solo las oraciones, sino también las penitencias, haciendo uso de cilicios y disciplinas. Las carmelitas no tardaron en tener una gran opinión de Mons. Versiglia, pero él escribió así a la superiora el 15 de octubre de 1928: «Usted me considera un santo... No, no, mi Reverenda Madre: sepa que tiene que ver con el más miserable y necesitado de los misioneros... El deseo de ser santo, sí, lo tengo... También esto es fruto de sus oraciones. Pero estoy muy lejos de serlo». Ante las dificultades, la falta de medios, la escasez de fuerzas exclamaba: «Tenemos a Dios con nosotros, tenemos a la Virgen Auxiliadora, tenemos además un gran tesoro y una riqueza inagotable: el espíritu de Don Bosco».

En la hora del martirio, el obispo no solo quiso dar la vida por la seguridad de las catequistas, sino ante todo por la salvación del joven sacerdote que lo acompañaba, don Callisto Caravario, implorando a los agresores: «Yo soy viejo, matadme. Pero él es joven, ¡perdonadle!». Era el 25 de febrero de 1930. El espíritu salesiano de Don Bosco se abre, en la lógica del «*da mihi animas*», al misterio arcano del sufrimiento hasta el martirio. Don Bosco dijo explícitamente: «Si el Señor, en su Providencia, quisiera disponer que alguno de nosotros sufriera el martirio, ¿acaso por eso tendríamos que asustarnos?».

2. Luis Olivares (1873-1943), obispo, venerable

El 15 de julio de 1916, Benedicto XV promovió a don Luis Olivares, celoso párroco salesiano de la iglesia de Santa Maria Liberatrice en Roma-Testaccio, a las sedes episcopales de Sutri y Nepi. El nuevo obispo escribió entre sus propósitos: «Quiero que la carta de mi vida episcopal sea la caridad: sincera, paciente, beneficosa, espiritual, dispuesta a todo sacrificio». Esta caridad se expresaba ante todo en el amor a Dios, en la oración, en la perfecta conformidad con la voluntad divina, en el diligente cumplimiento de los deberes y en la fiel observancia de la ley del Señor. Estaba dispuesto a cualquier trabajo y sacrificio por el bien de las almas. La característica distintiva de la figura de monseñor Olivares era la amabilidad en el trato, la afabilidad en el rostro y la delicadeza de ánimo. Supo dar testimonio de la difícil combinación que quiso como lema episcopal, «*Suaviter et fortiter*», eco de esa «amabilidad» tan inculcada por Don Bosco. Amaba extraordinariamente a sus sacerdotes, comprendiéndolos y defendiéndolos siempre.

Monseñor Luis Olivares gobernó la diócesis de Sutri y Nepi desde 1916 hasta 1943 y fue Administrador Apostólico de las diócesis limítrofes de Civita Castellana, Orte y Gallese desde 1928 hasta 1931. Murió el 19 de mayo de 1943 en Pordenone, donde se había desplazado para impartir un curso de ejercicios espirituales a los jóvenes estudiantes del instituto salesiano. La fama de santidad que siguió a su muerte fue inmediata y vasta. Uno de los médicos que lo había atendido en el hospital de Pordenone confesó: «Mientras la Iglesia católica tenga ejemplos como este, estará destinada a nuevos y mayores triunfos. Hombres así pueden predicar el Evangelio y pretender ser escuchados incluso por los incrédulos».

3. Esteban Ferrando (1895-1978), arzobispo, venerable

El 24 de mayo de 1922, al término de la primera procesión mariana, los pocos salesianos de Assam, guiados por Mons. Louis Mathias, rezaron así: «Te consagramos esta tierra, sus montañas, sus ríos, su gente y todos sus habitantes». Pocos años después, los salesianos y otros describieron las misiones de Assam como «el milagro de la Virgen». Una referencia válida para toda la realidad misionera y la presencia salesiana en la India.

Monseñor Mathias había elegido como lema para el grupo pionero: «*Audacia y esperanza*». Pero no solo los pioneros, también sus sucesores vivieron este lema. Muchos tuvieron una vida heroica y su santidad está en vías de reconocimiento. Entre los nombres más conocidos: Constantino Vendrame, Oreste Marengo,

Francesco Convertini, Stefano Ferrando. En Assam, la Iglesia ha pasado de 5.000 a 1.200.000 católicos, repartidos en 15 diócesis; y en un país con 1.200 millones de habitantes y menos del 2 % de católicos, el impacto de las instituciones «Don Bosco» es inimaginable.

El 9 de julio de 1934, don Esteban Ferrando fue nombrado, para su sorpresa, obispo de la diócesis de Krishnagar por Pío XI. El 10 de noviembre del mismo año recibió la solemne consagración episcopal en Shillong. Su lema fue «Apóstol de Cristo». Apenas un año después regresó a Shillong como obispo, donde permaneció durante 34 años. Trabajó con celo en la vasta diócesis que entonces abarcaba toda la región del noreste de la India. Al tomar posesión de la nueva diócesis, besó el suelo y encomendó su destino a Jesús Crucificado. Pidió a sus sacerdotes que fueran a los pueblos a anunciar el Evangelio. Él mismo se desplazaba continuamente. Como apóstol de Cristo, visitaba a pie las zonas misioneras y las aldeas. Solía decir a los sacerdotes: «No podéis ir en coche para convertir almas; para acercaros al pueblo y resolver sus problemas, debéis ir a pie». Siguiendo el ejemplo del Apóstol de las Gentes, se hace todo para todos, aprendiendo lenguas, costumbres y tradiciones para comprender el *ethos* de estas personas y predicarles a Cristo de manera más eficaz. Su apostolado se caracteriza por el estilo salesiano: alegría, sencillez y contacto directo con la gente. Se acerca a los jóvenes, a los pobres y a los necesitados; acoge a todos con amor.

Comenzando con un grupo de catequistas indias, a las que enseñó el amor a Jesús, a María Auxiliadora, a Don Bosco, a las misiones y a los pobres, fundó la Congregación de las Hermanas Misioneras de María Auxiliadora. El 26 de junio de 1968, tras participar en los trabajos del Concilio Vaticano II, dimitió de su diócesis. En Italia, el anciano obispo misionero se retiró a la casa salesiana de Quarto (Génova). En 1970 escribió: «Aquí en Italia me preguntan a menudo: «¿Cómo es que has dejado Assam después de 47 años de vida misionera?». Yo respondo: porque por fin ha llegado el día que llevaba 47 años esperando, el día en que la Iglesia en la India puede valerse por sí misma!». Murió el 20 de junio de 1978.

4. Octavio Ortiz Arrieta (1878-1958), obispo, venerable

Primer salesiano, primer sacerdote salesiano y primer obispo salesiano del Perú, aún muy joven, fue definido «una perla salesiana». En 1918 quedó vacante la diócesis de Chachapoyas. A propuesta del nuncio apostólico, monseñor Lorenzo

Lauri, fue elegido Ortiz Arrieta, que fue consagrado obispo el 11 de junio de 1922. La diócesis de Chachapoyas abarcaba entonces un territorio de 95 200 kilómetros cuadrados y una población de 250 000 almas. Tras un mes de viaje, llegó a su sede episcopal recibido como un ángel enviado del cielo, después de cinco años de sede vacante. Fue un modelo de obispo y se convirtió en un mártir del deber. Siempre quiso visitar a sus hijos. Su vida fue un continuo viajar: largos días a caballo, a pie, por la cordillera, por los bosques, por los ríos.

Subía a cumbres heladas para luego descender a valles tórridos.

Nunca se concedió verdaderas vacaciones: cuando estaba lejos, sus pensamientos se dirigían allí donde tenía «tantas almas que buscaban al Pastor». Siempre conservó el estilo salesiano: amable, acogedor, habitualmente alegre, cercano a la gente. Los jóvenes llenaban las salas de su antiguo palacio episcopal. Organizó la banda musical y él mismo, con sencillez, sustituía al instrumentista que faltaba a la cita. Con la pasión del catecismo en el corazón, lo enseñaba siempre que el tiempo se lo permitía. Era un organizador nato: celebró tres sínodos diocesanos y organizó un exitoso Congreso Eucarístico; reordenó los archivos parroquiales; creó asociaciones y cofradías; publicó un periódico.

Tenía un amor especial por sus sacerdotes. Vivía en el seminario y una vez al mes se convertía él mismo en seminarista, compartiendo con ellos toda su vida. Rechazó los honores: cuando le ofrecieron la sede primazial de Lima, insistió en permanecer en su humilde Chachapoyas. Era un hombre de gran vida interior, siempre unido a Dios, a quien veía en cada acontecimiento. Cuando predicaba, todos sentían su santidad sacerdotal y la llama de amor de Dios que ardía en su corazón. Tenía el rostro sereno tanto en los momentos de alegría como en los de prueba, porque tenía el arte de ocultar sus penas en una sonrisa constante.

5. Augusto Hlond (1881-1948), cardenal, venerable

En 1922, cuando la Santa Sede tuvo que ocuparse de la organización religiosa de la Silesia polaca, aún sangrante por las luchas políticas y nacionales, el papa Pío XI confió a monseñor Augusto Hlond esta delicada misión, nombrándolo Administrador Apostólico. Monseñor Hlond, con su caridad, su rectitud y su espíritu de sacrificio, supo, en tres años, arreglar las cosas a satisfacción de polacos y alemanes, de modo que la Santa Sede pudo crear en 1925 la nueva diócesis de Katowice. El 24 de

junio de 1926, Pío XI lo ascendió a las sedes arzobispales de Gniezno y Poznan y lo nombró Primado de Polonia. Al año siguiente, el 20 de junio, lo creó cardenal y le asignó el título de Santa María de la Paz. Durante sus 21 años de cardenalato, además de su ministerio pastoral ordinario en las dos archidiócesis, como primado dedicó todas sus energías a la heroica nación polaca en un período dramáticamente difícil. Patriota leal y sensible a todos los sufrimientos que compartía con su pueblo, recibió de la Santa Sede el cuidado de los polacos de la diáspora, dispersos por diversas partes del mundo. Y para poder prestarles toda la asistencia espiritual necesaria, invitado por el papa Pío XI, fundó una congregación: la Sociedad de Cristo Rey para los emigrantes de Polonia.

Lamentablemente, la Segunda Guerra Mundial trastornó su acción pastoral. De hecho, tras la invasión de Polonia, el cardenal fue una de las primeras víctimas designadas por el nazismo, que encontró en él un intrépido y autoritario defensor de los derechos de la persona humana, de la libertad de la patria y de la Iglesia. Comenzó entonces su calvario, que lo obligó al exilio hasta el final de la guerra. De regreso a Polonia, aunque mantuvo la sede primada de Gniezno, fue nombrado arzobispo de Varsovia. Desgraciadamente, también en Polonia la alegría de la liberación se vio ensombrecida muy pronto por la violencia extremista y la presión soviética, que llevó incluso a la ruptura del Concordato. Sin embargo, el cardenal, fuerte en su fe y orgulloso de su patriotismo, así como había defendido al pueblo polaco de los horrores del nazismo, continuó defendiéndolo con vigor pastoral del ateísmo bolchevique, prodigándose en la protección de los oprimidos, en la solución de los problemas sociales, en el consuelo y la ayuda a los que no tenían pan ni techo. La Santa Sede le confió también la organización religiosa de la zona germánica, cedida a Polonia en compensación por los territorios absorbidos por Rusia; una tarea colosal, que él llevó a cabo con gran tacto y presteza, constituyendo cinco grandes Administraciones Apostólicas y nombrando en nombre de la Santa Sede a sus respectivos titulares. La divina Providencia lo salvó de más de un atentado, reservándole el tránsito de los grandes patriarcas. Murió en Varsovia el 22 de octubre de 1948 y sus funerales fueron una apoteosis.

En la historia de la Iglesia de Polonia, el cardenal Augusto Hlond ha sido una de las figuras más eminentes por el testimonio religioso de su vida, por la grandeza, variedad y originalidad de su ministerio pastoral, y por los sufrimientos que afrontó con intrépido ánimo cristiano por el Reino de Dios, haciendo resplandecer con luz vivísima uno de los períodos más heroicos vividos por el pueblo polaco. De hecho,

su vida está íntimamente entrelazada, tanto por los valores espirituales como por los acontecimientos externos en los que se vio envuelto, con la vida de las personas que la Iglesia le había confiado y a las que amó y sirvió como verdadero pastor y padre. Como declaró el cardenal Stefan Wyszyński, primado de Polonia y sucesor del cardenal Hlond: «¡Fue, sin duda alguna, un hombre de Estado! Sin embargo, lo que prevalece en la vida del cardenal Hlond es su alma profundamente religiosa, de fe muy profunda, un alma sincera como el pueblo de Silesia, quizás también dura como el carbón, fruto de esa tierra, pero ardiente en la sencillez de su profunda fe y de su total entrega a Dios».

6. Antonio de Almeida Lustosa (1886-1974), arzobispo, siervo de Dios

En 1924 fue nombrado obispo de Uberaba (Brasil), diócesis del llamado «Triángulo minero». Quiso ser consagrado el 11 de febrero de 1925 en recuerdo de la presencia de la Virgen María en su vida. Entró en la diócesis acogido por una población doblemente festiva: por la llegada del nuevo pastor tras dos años de sede vacante y por una lluvia torrencial, esperada tras meses de sequía y calor abrasador. Encontró el seminario menor vacío y el mayor con un solo diácono. Al año siguiente tenía a su alrededor una treintena de seminaristas del gimnasio. Se dedicó totalmente al ministerio pastoral, visitando todas las parroquias y todos los núcleos habitados de la diócesis, entonces muy extensa, con viajes largos y poco cómodos.

En 1928, después de menos de tres años, fue trasladado a Corumbá, en Mato Grosso, sede más grande y con mayores dificultades para la evangelización. Tres años más tarde fue nombrado arzobispo de Belém do Pará, inmensa diócesis del Norte. Allí permaneció diez años, prodigándose con la generosidad de siempre. El nuncio apostólico Aloisi Masella lo definía como una de las figuras más eminentes del episcopado brasileño por su santidad y dedicación pastoral. En 1941 fue trasladado a la importante sede de Fortaleza, capital del estado de Ceará. Llegó allí en plena madurez y experiencia espiritual, y allí dio lo mejor de sí mismo, dejando, tras veintidós años de permanencia, la huella más significativa de su celo apostólico y de su santidad.

Monseñor Lustosa fue un gran asceta y así se manifestaba también exteriormente,

«un envoltorio aéreo», se decía de su persona física. Estaba dotado de una voluntad de acero que delataba el fuego que ardía en su interior. Vivió pobremente: «No tengo nada», había escrito en su testamento. Fue un hombre de oración, humilde, dedicado a la penitencia. Sabía acercarse a todos, especialmente a los más necesitados. «Seguiría aquí simplemente trabajando para el *Padre Nuestro*: ¡Santificado sea tu nombre! Venga a nosotros tu Reino; el programa de un obispo es siempre el mismo: ¡cumplir con su deber!».

7. José Guarino (1827-1897), cardenal, cooperador salesiano, siervo de Dios

Nació en Montedoro, provincia de Caltanissetta, el 6 de marzo de 1827, cursó sus estudios en el seminario de Agrigento y fue ordenado sacerdote en 1849. En 1871 fue elegido arzobispo de Siracusa, donde supo ganarse los corazones y revitalizar el fervor de la vida religiosa, mientras que en 1875 Pío IX le confió la archidiócesis de Messina, que monseñor Guarino dirigió durante 22 años. A él se debe, en particular, la reorganización del seminario y la presencia activa y meritoria de religiosos y religiosas llamados a colaborar. Además, en 1889, fundó él mismo una nueva familia religiosa: las Piccole Serve –hoy Apostole– della Sacra Famiglia, a las que encomendó la misión de trabajar por el crecimiento y la maduración religiosa y social de las jóvenes y por la promoción integral de la familia. Se distinguió sobre todo por su caridad activa, que alcanzó cotas heroicas con motivo de las epidemias de viruela y cólera que asolaron Messina entre 1885 y 1887. Con ocasión del terremoto que devastó la ciudad en 1894, ofreció su vida a Dios para que se limitaran los daños y las víctimas. En el Consistorio del 18 de enero de 1893 fue creado cardenal por León XIII. Murió en Messina el 21 de septiembre de 1897.

El cardenal Guarino siempre admiró a Don Bosco y, aunque solo mantuvo con él una relación epistolar, lo apoyó en sus obras, hasta el punto de recibir del santo educador el título de «cooperador salesiano». «Parecía todo lleno del espíritu de Don Bosco, afable, dulce con todos», escribió sobre él uno de sus biógrafos. Para los jóvenes, el siervo de Dios pidió a Don Bosco que enviara a los salesianos a Messina, pero no los obtuvo hasta 1893, gracias a su sucesor, Don Rua.

8. Oreste Marengo (1906-1998), obispo, siervo de Dios

Regresaba de un largo viaje apostólico en julio de 1951, cuando le sorprendió una noticia que no esperaba ni deseaba: su nombramiento como obispo de la diócesis en formación de Dibrugarh. Inútiles fueron sus protestas y sus lágrimas; solo se rindió cuando el Rector Mayor de los Salesianos, Don Pedro Ricaldone, le escribió «que era su deseo que aceptara el cargo, con la certeza de que la Auxiliadora y Don Bosco le ayudarían a cumplirlo». Fue consagrado obispo en la basílica de María Auxiliadora en Turín el 27 de diciembre de 1951. La diócesis que se le había confiado ocupaba la parte norte de Assam y tenía una extensión de 130 000 kilómetros cuadrados, con una población de 3 365 000 habitantes, de los cuales solo 40 000 eran católicos. Cuando tomó posesión, solo había cinco centros misioneros, con 200 pequeñas comunidades dispersas en el inmenso territorio. Su actividad fue incansable para multiplicar los centros residenciales, formar catequistas, construir escuelas, capillas y dispensarios; acercar nuevas tribus, abrir aspirantados para reclutar vocaciones indígenas para el seminario y para las congregaciones religiosas que había llamado a trabajar en su diócesis. Las conversiones se multiplicaron como en una nueva Pentecostés. Administró miles de bautismos, confirmaciones y matrimonios; subió por senderos intransitables para visitar todas las comunidades; afrontó con serenidad las hostilidades de la naturaleza, de los hermanos separados, de las tribus en revuelta, conquistando a todos con su bondad inquebrantable y su generosa caridad.

Cuando la diócesis está en pleno desarrollo y comienza a disfrutar de los frutos de tantos esfuerzos, llega una nueva obediencia: la Santa Sede lo invita en 1964 a trasladarse a Tezpur para abrir allí una nueva diócesis, que comprendía parte de Assam, todo el estado de Bhután y la zona montañosa al noreste del Brahamaputra: un territorio de unos 130. 000 kilómetros cuadrados, con 1.500.000 habitantes, de los cuales solo 48.000 eran católicos. Se lanzó al nuevo campo de trabajo con su entusiasmo de siempre, ayudado por sus valientes hermanos, para extender las pacíficas fronteras de la Iglesia, superando obstáculos y dificultades de todo tipo, agravados por la hostilidad que se estaba gestando contra los extranjeros en la zona. Por este motivo, la Santa Sede decidió, tras ocho años de intenso trabajo, confiar también esta diócesis a un obispo indio.

En 1972, monseñor Marengo fue invitado a iniciar su tercera diócesis en Tura, un vasto territorio habitado principalmente por la tribu de los Garo, muchos de ellos refugiados del este de Pakistán. Los católicos eran solo 36 000, con 14 misioneros que trabajaban en los principales centros. Construyó la casa episcopal, la catedral,

nuevas residencias y multiplicó las obras caritativas para los numerosos pobres, leprosos y refugiados. En pocos años, esta diócesis experimentó un desarrollo inesperado, hasta el punto de que en 1978, de acuerdo con las disposiciones del Gobierno, pudo ser confiada a un obispo del clero local.

Monseñor Marengo, a pesar de las insistencias del nuevo obispo para que se quedara con él en Tura, prefirió retirarse a Mendal, a 63 kilómetros de la capital, para dejarle plena libertad de acción y ayudar al responsable de la zona, que debía atender a nada menos que 20 comunidades. Así, este hombre, a los 76 años de edad, 58 de ellos dedicados a la misión, continuó como simple misionero itinerante su labor apostólica al servicio de la humanidad. Siguió prestándose a las diversas misiones hasta su muerte, acaecida en Tura el 30 de julio de 1998. Hasta el final de su larga vida, monseñor Marengo fue un misionero heroico, un icono viviente del Buen Pastor que da la vida por sus ovejas. La obediencia a sus superiores, la preocupación por la salvación de las almas y el optimismo típico salesiano fueron las características más evidentes y más apreciadas de este obispo misionero salesiano en el noreste de la India.

9. Carta de Don Bosco a monseñor Eduardo Rosaz (1830-1903), obispo de Susa, beatificado por san Juan Pablo II en 1991

Obispo electo de Susa, donde era canónigo, monseñor Rosaz fue preconizado en el último consistorio de Pío IX, el 31 de diciembre de 1877. Dejó fama de prelado hábil y virtuoso. Amaba mucho a Don Bosco.

Queridísimo y Reverendísimo Monseñor,

En su momento recibí desde Turín y luego en su querida carta cómo el gran Pontífice Pío IX le transmitió su paternal pensamiento y le proclamaba obispo de Susa. Me sorprendió mucho, porque sé lo humilde que es y lo mucho que tendrá que cambiar su actitud, tanto en palabras como en obras. Pero enseguida bendije al Señor, porque estaba y estoy convencido de que la Iglesia ganaba un obispo según el corazón de Dios y que usted haría mucho bien a la diócesis de Susa.

Me alegro mucho y con todo el afecto de mi corazón le ofrezco todas las casas de nuestra Congregación para cualquier servicio que puedan prestar a su respetable persona o a la diócesis que la Divina Providencia le ha confiado.

No pretendo hacer de maestro, pero creo que pronto tendrá en sus manos el corazón de todos:

1° Si se ocupa especialmente de los enfermos, los ancianos y los niños pobres.

2° Que actúe con mucha cautela al realizar cambios en el personal ya establecido por su predecesor.

3° Que haga todo lo posible por ganarse el aprecio y el afecto de algunos que ocupaban u ocupan puestos elevados en la diócesis, los cuales consideran que han sido descuidados y que usted ha sido favorecido.

4° Que, al tomar medidas severas contra cualquier miembro del clero, sea cauteloso y escuche en la medida de lo posible al acusado. Por lo demás, espero que en marzo podamos hablar personalmente.

Hoy, alrededor de las 3:30 p. m., se apagaba la estrella suprema e incomparable de la Iglesia, Pío IX. Los periódicos le darán los detalles. Roma está consternada y creo que lo mismo ocurre en todo el mundo. En muy poco tiempo estará sin duda en los altares.

Creo que V. S. me permitirá seguir escribiéndole con la confianza de siempre; y rogando a Dios que le ilumine y le conserve en buena salud, me encomiendo a la caridad de sus santas oraciones y me profeso con la mayor veneración.

1. V. S. Rev.ma y Car.ma

Roma, 7 de febrero de 1878, Torre de' Specchi, 36.

Aff.mo Amico Sac. Gio. Bosco.

Conclusión

Dos signos que expresan bien la forma de ser obispo según el espíritu de Don Bosco.

El rosario de San Luis Versiglia: signo de la entrega incondicional de la propia vida y misión a la Auxiliadora de la Iglesia y Reina de los Apóstoles.

El cilicio de este obispo mártir: signo de que no hay fecundidad apostólica sin sacrificio y entrega de sí mismo hasta el martirio, no hay «*Da mihi animas*» sin «*Caetera tolle*».

Contemplando el gran retablo de Lorenzone, encargado por Don Bosco para la basílica de María Auxiliadora en Turín, se observa cómo María está representada coronada por los apóstoles, los primeros obispos, cada uno de los cuales aparece con el instrumento de su martirio en la mano. El lienzo del ábside, con la bellísima imagen de la Virgen, representa tanto la eclesiología como la mariología de Don Bosco: María es figura de la Iglesia, madre y modelo de ella, donde el rostro de la madre es igual al rostro del Hijo, y donde aparece sostenida por Pedro y Pablo, y rodeada por los apóstoles y evangelistas. En una palabra: una Iglesia apostólica y misionera. La Virgen de Don Bosco es una Reina, sí, coronada con doce estrellas y vestida de sol, como la Mujer del Apocalipsis, amorosa, providencial, con los brazos abiertos para dar y ofrecer a su Hijo. El Hijo, por su parte, según las palabras de Don Bosco, «mantiene los brazos abiertos, ofreciendo así sus gracias y su misericordia a quienes recurren a su Augusta Madre». La Virgen de Don Bosco «está vestida de sol», llena de poder, porque está inmersa en ese mar de luz que es Dios, inmersa en el misterio de la Trinidad, que ilumina su persona y su misión. Así es como la quería Don Bosco y así logró representarla en el lienzo de Lorenzone, quien, lleno de emoción, exclamó: «No soy yo quien pinta. Es otra mano la que guía la mía».

La Virgen de Don Bosco es imagen de la Iglesia, la celestial que ya celebra las bodas del Cordero, y la terrenal que camina en este mundo, inmersa, por tanto, en el misterio de Dios y envuelta en su luz, pero presente en nuestras vicisitudes históricas, atenta a nuestras necesidades, presente y viva en nuestras familias, como en todas las Casas salesianas, representadas idealmente en la Iglesia de Valdocco, que aparece en la parte inferior del cuadro. Aquí está la gran intuición de Don Bosco, que unió el título de María Auxiliadora y Madre de la Iglesia, situando el papel propio de la Virgen en el corazón de la misión de la Iglesia, que protege bajo

su manto a todos sus fieles, los nutre y los hace madurar hasta la plenitud de la vida en Cristo. El significado de todo el cuadro es muy claro: así como María estuvo presente junto a los apóstoles en Jerusalén durante Pentecostés, es decir, al comienzo de la actividad de la Iglesia, así también Ella sigue protegiendo y guiando a la Iglesia a lo largo de los siglos. María es la «Madre de la Iglesia», *Auxilium Christianorum et Auxilium episcoporum*, en su lucha continua por la difusión del Reino de Dios.